

PANTALEON TOVAR.—A una niña llorando por unas flores.	70
MARIANO SANCHEZ.—Fragmento de un drama.....	71
JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.—La dicha.....	73
JUAN ANTONIO VARGAS.—En la úl- tima página del Quijote.	74
JOAQUIN TELLEZ.—A un ramo de flores.....	75
MARCOS ARRONIZ.—A las flores.....	76
JOSE ROSAS MORENO.—El trabajo...	77
JULIO ESPINOSA.—A la luna.....	80
JOSE JOAQUIN PESADO.—El cariño anticipado.....	81
JOSE SEBASTIAN SEGURA.—Francis- ca de Rimini.....	82
MARIANO BEJARANO.—Una historia.	83
RICARDO DOMINGUEZ.—El nido.....	84
RAMON ALDANA.—Cristóbal Colón..	87
Napoleon III.....	88
JOAQUIN VILLALOBOS.—A tí.....	89
FRANCISCO GONZALEZ FERNANDEZ.— El pasado.....	91
FRANCISCO ICAZA.—Cruces.....	93
FRANCISCO J. ARREDONDO.—Mi ma- dre.....	94

**RAFAEL B. ORTEGA**  
EDITOR.

**EL PARNASO MEXICANO**

IGNACIO MONTES DE OCA.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada confor-  
me á la ley.

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wri-  
ghth de Kleinhans.—Laura Mendez de  
Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—  
Refugio Barragán de Toscano.—Mateana  
Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa  
Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.  
—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.  
—José M<sup>a</sup> Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de  
Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Con-  
treras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros  
Cámara.—José M<sup>a</sup> Bandera.—Salvador Díaz  
Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.  
—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.  
—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Ri-  
vera.—José M<sup>a</sup> Rodríguez y Cos.—Federico C.  
Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez  
Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—En-  
rique de Olavarría y Ferrari.—Joaquín Trejo.  
—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—  
Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael  
de Zayas Enriquez.—Manuel M<sup>a</sup> Romero.—  
Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Ra-  
fael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostie-  
ta.—Ricardo Cellard.—José M<sup>a</sup> Ramirez.—  
Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—  
Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de  
D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo  
Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B.  
Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian  
Segura.



Ilmo. Dr. IGNACIO MONTES DE OCA.  
(Ipandro Acaico)

EL  
**PARNASO MEXICANO**

IGNACIO MONTES DE OCA

(IPANDRO ACAICO.)

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas  
de varios autores,  
coleccionadas bajo la dirección del

**General D. Vicente Riva Palacio,**

POR

**FRANCISCO J. ARREDONDO**

---

SEGUNDA SERIE

---

**LIBRERIA LA ILUSTRACION.**

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1º de Abril de 1886.

un detenido estudio de las producciones del Sr. Montes de Oca, ni bosquejar, tal cual quisiera, su biografía. Apuntaré, pues, aquellas noticias indispensables en un trabajo como el presente, y dejaré para ocasión más propicia el desempeño de la tarea que con gusto acometería desde luego.

Hijo del sabio é integérrimo abogado D. Demetrio Montes de Oca, de grata memoria en el foro guanajuatense, y de la distinguida Sra. D<sup>a</sup> María de la Luz Obregón, nació en la ciudad de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre, el día 26 de Junio de 1840.

En 1852 pasó á Inglaterra, en donde hizo con éxito brillante los estudios preparatorios, regresando á su patria cuatro años despues, para tornar á poco á Europa. Cursó en Roma las materias eclesiásticas y se graduó de doctor en Teología, en 1862. Por Febrero del año siguiente recibió el orden del presbiterado, y en 1865 el título de doctor en ambos derechos.

En Roma fué capellán de las tropas pontificias y camarero secreto de Pio IX; en Inglaterra desempeñó el curato de Ipswich, y al regresar á la patria ob-

tuvo el nombramiento de cura de Guanajuato, y mas tarde el de capellán de honor de Maximiliano.

Preconizado primer obispo de Ciudad Victoria ó Tamaulipas, el 6 de Marzo de 1871, fué consagrado por el Pontífice mismo, y vino en seguida á tomar posesión de su diócesi el 6 de Junio del propio año.

No entrando en el plan de este escrito, según queda dicho, narrar extensamente la vida del Sr. Montes de Oca, me limitaré á decir que llenó tan cumplidamente su misión episcopal en Tamaulipas, que no sólo practicó dos veces la visita general del Obispado, tres la mayor parte del mismo, y cinco la de las principales ciudades, sino que levantó desde los cimientos el Seminario Conciliar, y dió comienzo á la construcción de la Catedral.

De Tamaulipas fué trasladado á Nuevo Leon, y de esta diócesis á la de San Luis Potosí que actualmente gobierna, con retención de la mitra de Monterey. El Sr. Montes de Oca ha puesto, por donde quiera, el más vivo empeño por difundir la ilustración, se ha hecho amar como virtuoso prelado, y ha obtenido

triunfos espléndidos como orador sagrado. Buena prueba dán de esto último, los tres tomos que lleva publicados de sus *Obras pastorales y oratorias*, en las que resplandecen no solo la unción del apóstol, sino las más hermosas galas de la elocuencia académica.

El renombre de que, en el país y en el extranjero, disfruta el Sr. Montes de Oca, está sólidamente fundado en sus producciones literarias que le han abierto las puertas de ilustres academias como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Real Academia Española y otras.

En 1877 apareció su versión castellana de los *Poetas Bucólicos Griegos*; en el año siguiente sus *Ocios Poéticos*, y en el de 1882 la traducción de las *Odas de Pindaro*. De estos tres libros de que con justicia se enorgullecen las letras mexicanas, existen excelentes juicios críticos de doctos escritores académicos como los Sres. Menendez Pelayo y Caro.

La estrechez forzosa en una publicación económica del género de la presente, impide presentar gran número de las hermosas poesías originales y traducidas que forman la valiosa colección

del sabio obispo. Sin embargo, como no hay persona ilustrada que no las conozca todas, las aquí reunidas bastan para tributar un homenaje á su esclarecido autor, gloria del Parnaso.

México, Marzo 17 de 1886.

FRANCISCO SOSA

**IGNACIO MONTES DE OCA.**

---

(IPANDRO ACAICO.)

---

**EL MAR.**

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro  
Del fresco mar la perfumada brisa!  
Juega en mis labios plácida sonrisa  
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos  
Ese bramido furibundo suena!  
¡De cuanto gozo mi ánimo se llena  
Al escuchar del viento los silbidos!

¡Como del agua la color oscura  
Herida por el sol, bella se esmalta!  
¡Con qué primor sobre su azul resalta  
De la flotante espuma la blancura!

¡Como las ondas pavorosas ruedan,  
Y unas tras otras á estrellarse locas  
Con estrépito vienen en las rocas;  
Luego tranquilas cual espejo quedan!

¡Como las barcas frágiles se mecen  
Llevadas por el húmedo elemento!  
Hincha sus lonas favorable viento  
Y allá en el horizonte desaparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,  
De humo arrojando nube voladora,  
Vuelven al Aquilón su fuerte prora  
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada  
A lo lejos se eleva pintoresca  
Del castillo la forma gigantesca  
Con su alta torre por el sol dorada.

Siglos y siglos el peñasco fuerte  
En que su mole inmensa se reposa,  
Desafió la tormenta que horrorosa  
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo tambien á desafiar en breve  
El tempestuoso mar voy arrogante;  
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?  
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan sólo tú, Señor, que en Tiberiades  
Aplacaste las olas y los vientos,  
Puedes domar los fuertes elementos  
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;  
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:  
Manda que el mar tranquilo me reciba  
Y me lleven sus olas blandamente.

¡Estrella del Océano! que guías  
En la borrasca al infeliz marino,  
Resplandeciente alúmbrame el camino:  
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santuario  
Presto te eleve mi cración ardiente,  
Y que se postre mi devota frente  
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

## AL RÓDANO.

¡Oh Ródano afamado,  
Oh caudaloso río,  
Más rápido que el viento  
Y el huracán temido!

¡Con qué placer tus aguas  
Embelesado miro  
Regar mil y mil campos  
De vides y de olivos!

De fértiles colinas  
Ya bañas fugitivo  
El pié, que llena Agosto  
De pesados racimos,

O ya la orilla lames  
De llanos infinitos  
Do brota el rico grano  
Del Indostán traído.

Tal vez en tu ribera,  
De algún feudal castillo  
Descúbrese entre musgos  
El torreón sombrío;

O tal vez, en dos brazos  
Tu cauce dividido,  
Algún ameno islote  
Se mira de improviso.

¡Cuán bellos son tus campos  
En el Abril florido!  
Tus márgenes feraces  
¡Cuanto en Otoño admiro!

El zagal abrasado,  
¡Con cuánto regocijo  
No salta entre tus ondas  
En el ardiente Estío;

O de la luna triste  
Bajo el rayo tranquilo  
Sobre ellas se desliza  
En frágil botecillo!

Pero también ahora,  
¡Oh Ródano divino!  
También eres hermoso  
En el Invierno impío.



Ya ardiente las entibie  
Del sol el fuego vivo,  
O ya sobre ellas floten  
Hielos endurecidos;

Ya guarden en su curso  
Los límites prescritos,  
O inunden los feraces  
Campos circunvecinos;

Tus ondas siempre ofrecen  
El plácido atractivo  
Que pródiga Natura  
Te dió desde el principio:

Y al paso que deleitan  
Con su correr continuo  
Los ojos del viajero  
Que admírate embebido,

Excitan en el alma  
Recuerdos los más vivos  
De edades muy remotas,  
De tiempos muy antiguos;

Allá cuando sentiste  
Peso desconocido  
Y cubrieron tus aguas  
Mil Aticos navíos;

Y viste en un momento  
En tu márgen florido  
Alzarse mil ciudades  
Y teatros y circos.

De Rómulo llegaron  
Después los bravos hijos,  
Y en tu orilla erigieron  
Muros y templos ricos.

Cuando la vista absorto  
En tu corriente fijo,  
De Aníbal la bravura  
Me pasma; y me imagino

Que veo al renombrado  
Cartaginés invicto  
Cruzarte con su inmenso  
Ejército aguerrido.

Sus Púnicos infantes  
Paréceme que miro:  
Sus bárbaros ginetes,  
Sus elefantes indios.

¡Ay! ¡Quién escenas tantas  
Como tú hubicra visto!  
¡Quién, los hechos gloriosos  
De que has sido testigo!

De férvidos cristianos  
Los hórridos mártirios,  
Y de ínclitas ciudades  
Los inmortales sitios;

De ejércitos valientes  
Combates infinitos  
De que solo la fama  
Llegó á nuestros oídos,

Todo lo presenciaste,  
Afortunado río:  
Felicidad tamaña  
¡Cuanto, cuanto te envidio!

De cadáveres nobles  
Tambien te viste henchido,  
Que arrojara á tus ondas  
Escandaloso siglo;

Y vistes á tus peces  
Avidos engullirlos,  
En veneno trocando  
Su cuerpo apetecido.

En estos gloriosos  
Pensamientos me abismo;  
Y ni temo las nieves  
Ni siento el crudo frío:

Mas mientras en la remota  
Antigüedad medito,  
Recuerdo involuntario  
Oprime el pecho mío.

Recuérdanme esas nieves  
Las que en los altos riscos  
De mi adorada patria  
Cubren rocas y pinos;

Las que coronan bellas  
Al Orizaba altivo  
Cuya sublime cumbre  
Alcanza al cielo mismo;

A esa montaña excelsa  
Que, el faro ya perdido  
Que á Veracruz alumbraba  
Desde el fuerte castillo,

Su frente gigantesca  
Mostraba y albo *Pico*  
Al alejarme triste  
De mi suelo natío.

## IMITACION DE HORACIO.

Otros celebren  
 A Roma santa;  
 A augusta Lóndres;  
 A insigne Mantua;  
 A la opulenta  
 Perla de Francia,  
 O á la señora  
 Que rodéada  
 De las azules  
 Ondas del Adria,  
 Se dice hermosa  
 Reina de Italia.  
 Vense poetas  
 Que siempre cantan

Las hermosuras  
 De su Granada;  
 Con su soberbia,  
 Sin par Alhambra,  
 Y aquella amena  
 Vega encantada  
 Que mil preciosas  
 Flores esmaltan.  
 Mas ni Florencia  
 Tanto me agrada  
 Sobre sus verdes  
 Campos sentada  
 Que el Arno manso  
 Tranquilo baña;  
 Con mil jardines  
 Engalanada,  
 Y con marmóreas  
 Ricas estatuas  
 Que se contemplan  
 En cada alcázar;  
 Ni las famosas  
 Suizas montañas  
 Que hasta las nubes  
 Sus cumbres alzan,  
 Cubiertas siempre  
 De nieves blancas,  
 Mientras azotan  
 Sus verdes faldas  
 De lagos puros

Las ondas claras;  
 Como los montes  
 Que de mi patria  
 El suelo cubren  
 Con oro y plata  
 Que arrojan todos  
 De sus entrañas.  
 Mi humilde suerte  
 Yo no trocara  
 Con la opulencia  
 De cien monarcas,  
 Cuando me encuentro  
 Junto á la clara  
 Fresca laguna  
 Que con sus aguas  
 Mi sed primera  
 Dulce apagara:  
 Hermoso es verlas  
 Cuando retratan  
 A la apacible  
 Luna argentada,  
 Que temblorosa  
 Su luz derrama  
 Sobre las quintas  
 Y las cabañas,  
 Que graciosas  
 En torno se alzan.  
 Mas cuando dora  
 Risueña el alba

Los arroyuelos  
 Que entre escarpadas  
 Peñas y riscos  
 Veloces bajan  
 Sus puras linfas  
 A regalarla;  
 No hay en la tierra  
 Región humana  
 A que pudiera  
 Ser comparada:  
 Tívoli misma  
 Con sus cascadas,  
 En atractivos  
 No la igualara.  
 Venid, amigos,  
 A mi morada:  
 Humilde mesa  
 Ya nos aguarda;  
 Y aunque sin ricas  
 Suntuosas viandas,  
 Veréis los vinos  
 En abundancia;  
 Y entre las flores  
 Y ricas dalias,  
 Llena la copa  
 De buen champaña,  
 Queden las penas  
 Allí olvidadas,  
 Y los dolores

Del pecho salgan:  
 Risa tan sólo,  
 Placer y holganza,  
 Hallarse deben  
 Donde sus gracias  
 Naturaleza  
 Pródiga ufana;  
 Y á manos llenas  
 Siempre derrama  
 Tanta hermosura,  
 Belleza tanta.

### LA VIOLETA DEL TAMESÍ.

Violeta pálida  
 Que airosa brillas  
 En las orillas  
 Del Pó y Genil,  
 ¿Por qué raquítica  
 Tu faz doblegas  
 Acá en las vegas  
 Del Tamesí?

¿Por qué tus pétalos  
 Abres gigante  
 Cabe el distante  
 Guadalquivir,  
 Y pequeñísima  
 Tu azul corola  
 Muestras, oh viola,  
 Tel Tamesí?

¡Qué! ¿De los trópicos  
 El sol fulgente  
 Asaz caliente  
 No es para tí?  
 ¡Riego benéfico  
 No te depara  
 El agua clara  
 Del Tamesí?

De lirio cándido  
 Corona hermosa  
 De blanca rosa  
 Y albo jazmín  
 Formaba espléndida  
 Gallarda ninfa  
 Junto á la linfa  
 Del Tamesí,

Y á la aromática  
 Guirnalda en vano  
 Quiso la mano  
 Diestra y gentil  
 Con lazo sérico  
 Dejar sujetas  
 Unas violetas  
 Del Tamesí.

Huyendo tímidas  
 Del tierno dedo;

Borrando el miedo  
 Su azul matiz,  
 Cayeron lánguidas,  
 Todas marchitas  
 Las violetitas  
 Del Tamesí.

Antes que rápida  
 Las sumergiera  
 Corriente fiera  
 Las recogí;  
 Y entre las páginas  
 De libro de oro  
 Puse el tesoro  
 Del Tamesí.

Secos los cálices,  
 Ya sin olores,  
 Miré, las flores  
 Al oprimir;  
 Y contemplándote  
 Tan diminuta,  
 ¡Oh viola enjuta  
 Del Tamesí!

Violeta pálida,  
 (Dije) que brillas  
 En las orillas  
 Del Pó y Genil,

¿Por qué raquítea  
 Tu faz doblegas  
 Acá en las vegas  
 Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote  
 Violeta mía:  
 Que todavía  
 No llega Abril.  
 Aun sopla el Abrego,  
 Y prematura  
 Ya tu hermosura  
 Ve el Tamesí.

No gozas, mísera,  
 Vida completa,  
 Y ya ¡violeta!  
 Ser del pensil  
 Reina magnífica  
 Quieres ansiosa;  
 Quieres ser diosa  
 Del Tamesí.

¡Oh flor simpática!  
 Paciente espera  
 Que primavera  
 Torne feliz;  
 Y á amantes zéfiros  
 Nunca respondas

Sin que las ondas  
 Del Tamesí  
 Temple vivífico

Color süave;  
 Mientras el ave  
 No cante aquí.  
 Entonce admírente  
 Más exquisita,  
 ¡Oh violetita  
 Del Tamesí!

Mientras mortífero  
 Reine el invierno,  
 Guarda tu tierno  
 Tallo sutil;  
 Tu vida plácida  
 Cuida y conserva  
 Entre la yerba  
 Del Tamesí.

Y cuando fúlgido  
 Despunte el rayo  
 Del sol de Mayo,  
 Tórnate á abrir.  
 Entonces júrote,  
 ¡Violeta hermosa!  
 Serás la diosa  
 Del Tamesí.

## A MI LIRA.

¿Por qué, cítara amada,  
 A acompañar mis cantos te rehusas?  
 ¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas  
 En alejar de mi mansión las Musas?  
 En vano á las Piérides divinas  
 Ansioso invoco; y las ardientes preces  
 Que escucharon benignas otros días  
 En vano les repito; tú enmudeces,  
 Y las hijas de Apolo  
 De la cítara al són acuden sólo.

¿Por qué conmigo, oh lira,  
 Tamafia ingratitude? ¿Qué! ¿No recuerdas  
 Con qué entusiasmo en épocas mejores  
 Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?  
 ¿Cuanto, oh lira, te amé! De noche y día  
 En tí solo pensaba; y por tañerte,  
 Libros, amigos, todo abandonaba;  
 Y en más que los laureles de un guerrero,  
 Y en más que de un monarca la corona,  
 En mi ciego entusiasmo te preciaba.

Pero el Señor habló. “Deja (me dijo)  
 Tus fútiles cantares:  
 En el silencio y soledad exijo  
 Que á ser mi fiel ministro te prepares.  
 Bebe la ciencia en los sublimes Libros  
 Por mi Divino Espíritu dictados;  
 Tu mente en ellos ávida escudriñe  
 Los arcanos al hombre revelados.  
 Tu cítara abandona; fuerte cíñe  
 De sólido saber fúlgida espada:  
 Contra el hereje marcha, y al impío,  
 Y al orgulloso incrédulo anonada.  
 No de profanos vates  
 Como hasta aquí lo hiciste, los poemas  
 Con tal veneración iluso acates.  
 Tú, que no ya mi siervo, sino amigo  
 En llamar me complazco; tú que al cielo  
 Mil almas conducir debes contigo,  
 Es fuerza que más alto alees el vuelo.”

Dijo: y á sus mandatos obediente  
 Al punto te colgué. ¿Con cuánta pena!  
 Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente  
 Nublarse viste, y en amargo llanto  
 Mis mejillas bafiarse, al despedirme  
 De tí, mi dulce bien, mi único encanto.

Por largos años á tus cuerdas de oro  
 No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,  
 Crisóstomo, Gerónimo, Agustino,  
 Fueron no más mi estudio y mi tesoro.  
 ¿Cuántas veces con ímpetu violento,  
 Loco por escuchar tus melodías,



Al sáuce me arrojé, de cuyas ramas  
 Pendiente te mecías;  
 Y al recordar de Dios el mandamiento,  
 De nuevo te dejé á merced del viento!

Sí: yo te abandoné; que por entonces  
 Al dulce canto despegar los labios  
 El cielo me vedaba; mas ahora  
 Que ya de Roma los adustos sabios  
 El premio á mis fatigas concedieron,  
 Y mi cansada frente  
 Del anhelado lauro al fin cifieron,  
 Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las ve-  
 gas.)

Del Anio te descuelgo, y al estudio  
 Dando treguas, un cántico te pido,  
 Tú desdeñosa un cántico me niegas!  
 ¡Resuena, lira mía! No prelude  
 Sobre tus cuerdas cantilena indigna  
 De un ministro del cielo: no de amores  
 Fútil canción modulo; ¿cuándo nunca  
 A una beldad de barro ofrecí flores?  
 ¡Ea, lira, resuena!  
 Cantemos al Señor: su nombre santo  
 Ayúdame á ensalzar; el aire llena  
 De celestiales notas; que mi canto  
 Desdeñando sublime el triste suelo  
 De hoy más á Dios remontará su vuelo.

### A UN GENERAL.

Sigue blandiendo tu brillante acero  
 Del malvado terror, gloria del justo,  
 Con ese brazo intrépido y robusto  
 Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero  
 El bélico fragor é infando susto  
 A la mansión de paz lleves adusto,  
 Ni del rebelde huellas el sendero.

Sírvate solo tu gloriosa espada  
 Para guardar los plácidos hogares  
 De la ciudad á tí y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,  
 Vínculo dulce de amistad sagrada,  
 Al arrullo estrechemos de los mares.

## AL VESPERO.

¡Estrella de la tarde, astro de amores,  
Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano  
Luz de Citéres te llamó el pagano  
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;  
Y ojo, lumbre, destello soberano  
De la Virgen Deípara, el cristiano  
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero! que del bosque entre las hojas  
Mil veces alumbrándome el camino  
Calmaste mis afanes y congojas:

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,  
No ocultes, por piedad, ese que arrojas  
Sobre las aguas, esplendor divino.

## JOSE JOAQUIN PESADO.

(Traducción.)

CANTOS DE NETZAHUALCOYOTL,  
REY DE TEXCOCO. \*

## I

Lamenta sus de gracias cuando huía perseguido  
del rey de Atzacapotzalco.

No bien hube nacido  
Y entrado á esta morada de dolores,  
Cuando sentí mi corazón herido  
Del pesar con los dardos punzadores.

Crecí con afán prolijo,  
Y al verme sólo prorrumpió mi labio:  
¿Qué hace en la tierra desvalido el hijo,  
Si no lo sabe guiar consejo sabio?

Vive el hombre en el mundo,  
Y vive condenado al sentimiento;

\* Floreció en el siglo XV de la era vulgar.